

LUIS ANTONIO DE VILLENA, *Sublime Solarium*, Madrid, Libros del Aire, Colección Jardín Cerrado, 2014, 62 págs.

Recuperar textos iniciáticos de escritores consagrados supone un doble reto: por un lado, para la propia obra que se puede ver en entredicho tras el paso del tiempo; por otro, para las nuevas generaciones de lectores y creadores que quizás sufran con la comparación un fuerte desengaño que termine por derribar grandes castillos construidos en el aire del desconocimiento. También, puede ocurrir todo lo contrario. Gracias a la relectura de una ópera prima ignorada es posible rescatar pequeñas joyas literarias de la desmemoria crítica; incluso, puede darse el caso de que un autor novel se reafirme en su labor gracias a la empatía literaria que genera ver cómo un maestro dio sus primeros pasos con la incertidumbre que supone la verticalidad recién adquirida. De una forma u otra, las reediciones que propone la editorial Libros del Aire de las primeras obras de poetas de la talla de Jaime Siiles, Luis Alberto de Cuenca o Luis Antonio de Villena son siempre una buena excusa para mantener un diálogo entre presente y pasado sobre el panorama literario y cultural del momento.

Sublime Solarium fue el primer poemario que vio la luz con la firma de Luis Antonio de Villena y es fruto de un momento histórico muy concreto. Cuando en 1971 Antonio Prieto dio la réplica a José María Castellet con la antología *Espejo del amor y de la muerte* (Editorial Azur), se esbozó el segundo retrato de los novísimos. Se abrió así el complejo mercado editorial a una serie de poetas muy jóvenes, cuyas ansias de regeneración alumbraban nuevos caminos prácticamente inexpugnables hasta entonces y que rompían con la intelectualidad estática que defendía el franquismo.

Entre aquellos poetas bisoños se encontraba el madrileño Villena, quien sin haber cumplido los veinte años publicó su primera obra redescubierta de nuevo ahora, en 2014. La edad del autor y el contexto en el que fue editada son rasgos superficiales para el análisis esencialista del poemario; sin embargo, desde la perspectiva pragmática pueden aportar gran cantidad de argumentos al eterno debate generacional que periódicamente surge ante el “anquilosamiento” del ayer o la “degeneración” del mañana.

Martín Rodríguez-Gaona, en el prólogo de *Sublime Solarium*, enuncia el conflicto con claridad: “El otro aspecto, ya decididamente sociohistórico, sería, incluso, todavía más difícil de sopesar, pues

supone un anacronismo: resulta inaudito concebir, en nuestros días, muchachos y muchachas con una cultura equiparable a la exhibida en estos poemas, poseedores de tanta elocuencia y destreza estilística”. Este planteamiento de Rodríguez-Gaona responde a la subjetividad interpretativa que implica intrínsecamente el análisis del presente, y no tanto a la realidad objetivable que permite moldear el tamiz del paso de los años. Con todo, es un buen punto de partida para la reflexión.

Es cierto que cuarenta años después de su publicación, el culturalismo y el genio creador que exhibe Villena en su ópera prima de manera tan prematura es excepcional y casi inimaginable en una persona con similares inquietudes y con la misma edad hoy en día. En todo caso, se debe tener en cuenta que este rasgo distintivo y original solo fue cultivado por una minoría que disfrutó del respaldo crítico y del altavoz editorial en un momento muy concreto de la historia de España, por lo que realizar comparaciones con la masa social coetánea es injusto (ni entonces todos tenían ese nivel cultural, ni se puede afirmar que no haya ningún poeta novel equiparable al madrileño). Distinguir hoy en día algo similar entre la maraña de publicaciones que posibilita la red global es más complejo que encontrar una aguja en un pajar. En todo caso, la historia de la literatura ha demostrado que cíclicamente aparecen nuevas estrellas en el firmamento, y, en consecuencia, quien quiera puede tener la esperanza de que entre la telaraña de *blogs* y publicaciones diversas se encuentre el reflejo, salvando todas las distancias, de los novísimos contemporáneos. Así y todo, en este campo solo es posible expresarse con conjeturas hasta que no se tenga una mayor perspectiva histórica.

Más certero puede resultar el análisis en la recepción, ya que se puede elaborar a partir de la propia experiencia. Recogiendo la idea que planteaba Rodríguez-Gaona, es interesante añadir un matiz al debate y preguntarse qué tipo de lectura crítica es capaz de hacer la juventud actual de un poemario como *Sublime Solarium*. Sin entrar en la temida generalización y abordando la crítica desde la lectura individual, lo primero que se puede apuntar es que aquel jovencísimo Luis Antonio de Villena es capaz de abrumar en la actualidad al lector desprevenido.

Sus poemas utilizan imágenes prestadas de John Donne o referencias a Joe di Maggio con la misma facilidad que un pintor mezcla cian y magenta en busca de la tonalidad perfecta del cielo.

Cada verso exige un amplísimo bagaje cultural que hoy parece difícilmente asumible sin *Google* cubriendo las espaldas de los inexpertos. Las citas que encabezan algunos de los poemas son un buen ejemplo del juego poético que propone Villena, en el que no se puede participar si no se conocen todas las reglas.

En una primera lectura, siempre más superficial y quizás más pura, es necesario desbrozar el camino a machetazos para entrever la senda. Si hay tiempo y ganas, a veces es muy interesante olvidarse del referente y permitir que hable la obra en su idioma original. En esta primera caminata, el ritmo de la escritura marca la respiración y mitiga la fatiga. La cadencia de la lectura adquiere connotaciones épicas y entre el exceso es fácil rescatar sugerentes imágenes, sentencias casi epigramáticas, que dejan una sutil huella en el recuerdo. Es más, muchos poemas son fácilmente asimilables para quienes viven en una etapa vital idéntica a la que tenía el creador (por ejemplo, “El hastío se desmaya en Kensington”, “Raso en la autopista” o “Un monje, en los atrios de la noche, copia un poema mitológico”), señal esto de que muchos fragmentos rozan la universalidad y la atemporalidad de las grandes obras.

La segunda lectura, un poco más reposada gracias al camino abierto anteriormente, permite levantar la vista y asombrarse con la ingente cantidad de referencias que contiene *Sublime Solarium*. Los guiños a la cultura norteamericana del siglo XX son fácilmente asumibles, el reto se impone cuando se suceden con idéntica facilidad alusiones a culturas orientales, a griegos, a romanos, a musulmanes, a las diferentes literaturas nacionales europeas o a la propia cosmovisión del autor. Es en este momento cuando Luis Antonio de Villena sugiere decenas de autores y obras al lector metódico, que en su afán por asir el poemario en su totalidad se entrega a la consulta y el cotejo de las fuentes literarias.

La tercera lectura es la más compleja, porque requiere un entendimiento profundo del texto. Una vez que se han saltado la mayoría de las barreras culturales mediante el esfuerzo personal, se puede tratar de enjuiciar críticamente la obra dejando a un lado todo lo prescindible. De esta manera, se observa el juego de contrastes de *Sublime Solarium*. Entre el virtuosismo y lo excesivo, se ubica esta obra llena de matices emocionales. Por una parte, hay cierto componente claustrofóbico de quien quiere vivir y se siente atrapado en sueños inasibles; por otra, se observan bellos cantos vitalistas

propios del joven inexperto dispuesto a comerse el mundo. Es un poemario con grandes altibajos, más personalista que intimista, en el que perfila una marcada voz propia (la mayoría de las veces verosímil, otras impostada).

Tras la lectura y relecturas de *Sublime Solarium*, el lector queda con la impresión de haberse expuesto ante un enorme talento creador e intelectual. Quizás, hoy esta obra sea inasequible tanto para los nuevos lectores como para los jóvenes creadores; quizás no, y el poemario sirva de inspiración o acicate para la nueva poesía. En cualquier caso, la reedición de la ópera prima de Luis Antonio de Villena puede entenderse como una voz más en el fascinante diálogo entre lo antiguo y lo moderno. Pero, ¿quién es quién en este caso?

VÍCTOR GUTIÉRREZ SANZ
Universidad de Valladolid